



DELEGACIÓN DE
FAMILIA Y VIDA
Archidiócesis de Toledo



Lo imprescindible



LEl Pueblo de Dios: la Iglesia

Gn 11, 1-9; Hch 2, 1-12; Jos 3,14-4,6a.8.20-24; Mt 16, 13-20.

Hemos conocido ya a muchos miembros de esta familia. Pero ¿Quién es esta familia? Se trata de una gran familia (Ef 2,19) que existe desde siempre en el designio de Dios, y que llega a ser un pueblo, pero no un pueblo más, sino uno realmente especial: el Pueblo de Dios, que será renovado con la venida de Cristo, y que conocemos con el nombre de Iglesia.

Son varios los términos que el AT emplea para designar un pueblo o una nación, pero dos de ellos son especialmente significativos. El primero de ellos es *‘am*, que indica la unidad de hombres en razón de sangre, más que de lengua, costumbres y derechos. Pero hay algo que hace de este término único, el hecho de que aparezca como propiedad de Dios. El otro término es *qahal*, que designa al grupo de personas libres aptas, no sólo para la guerra o para administrar justicia, sino principalmente aptas para el culto. Como se puede ver, hasta en el uso de los términos, el pueblo es definido por su relación con Dios.

Esto es así porque es Dios mismo el que da el primer paso, eligiendo a su Pueblo de entre todas las razas de la tierra. Sin Dios, el pueblo pierde su identidad. En Gn 11, 1-9 nos encontramos ante un único pueblo, con una sola lengua y un solo proyecto: construir una gran ciudad que les dé estabilidad y fama y una torre que llegue a los cielos, a Dios. Ciertamente es un pueblo unido, pero no por mucho tiempo, porque su unidad es fruto del empeño humano, al margen de Dios. Algo similar sucede en nuestra familia, pues la auténtica unidad no se funda en nuestro empeño, sino en estar atentos al proyecto de Dios. Hay un detalle que no podemos pasar por alto, se trata del material em-

pleado en la construcción: “ladrillo en lugar de piedras, y alquitrán en vez de argamasa”. Al usar un material menos noble no se alcanza el objetivo. Para llegar al cielo, a la santidad, son necesarios materiales nobles que nos vienen de Dios. Paradójicamente lo que parece una gran desgracia: la dispersión, se convertirá en motivo de gozo, porque este pueblo dividido y dispersado, por la acción de Dios volverá a ser uno, pero esta vez no habitará en un único sitio, sino que será universal. Para ello, Dios elige un pueblo concreto, el pueblo de Israel, figura de la Iglesia, que es instrumento de la redención universal. La Iglesia no sólo es universal, sino también misionera, ya que el Señor nos ha enviado al mundo entero (Mt 16,15) como sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). El contrapunto de Babel, lo encontramos en Hch 2,1-12, donde la variedad de lenguas deja de ser un obstáculo, porque la fuerza del Espíritu Santo elimina la diferencia de lenguas al implantar un lenguaje nuevo, el lenguaje del amor. La Iglesia desde el primer momento aparece unida en torno a los apóstoles “estaban todos junto en el mismo lugar” (v.1), pero en seguida, al llenarse del Espíritu Santo empezaron a hablar “de las grandezas de Dios” (v.11). También nosotros, como Iglesia doméstica, no estamos únicamente llamados a perseverar “en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” viviendo unidos y con todo en común (cfr. Hch 2,42.44), sino también a evangelizar y anunciar a todas las gentes las grandezas de Dios.

Dios quiso santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sino constituyendo un pueblo. Por eso, eligió a Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia. Acabamos de ver cómo de las diversas naciones dispersas por la faz de la tierra, Dios elige a este pueblo, pero ¿en qué momento el pueblo queda constituido como tal? Dos momentos son fundamentales: la alianza y las promesas hechas a los patriarcas y la revelación como Señor en el éxodo y en el Sinaí (Ex 19, 5-6). No nos detenemos en estos momentos, porque ya hemos ahondado a lo largo de estos meses, pero sí queremos insistir en un detalle. Este pueblo una vez constituido, se convierte en un pueblo peregrino hacia la tierra, hacia el cumplimiento de las promesas. Esto tendrá lugar con Josué. Él es el encargado en Jos 3, 14-4,6a.8.20-24 de hacer pasar a las 12 tribus, a todo el pueblo, a la tierra prometida a través del agua del Jordán (nueva imagen del bautismo). Este acontecimiento es conmemorado con la erección de 12 Piedras, que se convierten en garante para la transmisión de la fe de generación en generación. En la vida de los patriarcas asistimos a la erección de algunas estelas, pero sucede siempre de una en una; aquí, sin embargo son 12, porque ya no es una cuestión individual, sino comunitaria. Dios puede santificar individualmente, pero prefiere hacerlo en una comunidad, a través de la pertenencia a su pueblo escogido. Dios ha sido fiel y ha cumplido su promesa. Su presencia en medio del pueblo (en el arca de la Alianza) ha hecho posible que el pueblo entre en la tierra prometida.

El Pueblo de Israel se caracteriza por rasgos externos como la circuncisión (Gn 17,11-14) la observancia del sábado, las prescripciones sobre comida, pureza ritual, y la celebración de fiestas como la pascua. A estos cabe añadir algún rasgo interno como la santidad, fruto de su cercanía con Dios (Lv 19,2). Todos estos elementos son fundamentales para conservar una identidad, tan es así, que infringir alguna de estas prescripciones, conlleva la expulsión de la comunidad (Lv 7,20; Nm 9,13). En la Iglesia, los rasgos de identidad se sintetizan en el amor fraterno (cfr. Jn 13,35). Estos rasgos de identidad ponen de manifiesto que no sólo en razón de sangre se pertenece al pueblo elegido, aunque sea un factor importante, porque Israel no solo es comunidad de sangre, sino de vida, fe y moral.

Ya sabemos quién es este pueblo y cuáles son los momentos de su fundación, pero

¿cuál es su relación con Dios? Es, sin duda, una relación de amor. En la Biblia encontramos imágenes preciosas que explican este misterio. La primera de ellas es la de rebaño (Sl 95,7; 100,3) apacentado por Dios (Sl 23,1). Esta imagen se aplica también a la Iglesia (Mt 26,31) de la que Cristo es su pastor (Jn 10,1-16). La segunda imagen es la viña (Sl 80,9) cuidada con esmero por Dios, pero que en lugar de uvas, produce agradaciones (Is 5,1-7). Una idea similar aparece en Mt 21,33-41, pero esta vez el labrador no es Dios, sino los jefes del pueblo, que se apropian del fruto de su señor. Finalmente, la imagen que mejor expresa esta relación de amor, es la de esposa (Os 2,21), que aunque es infiel al esposo (Jr 2,32), Éste con su entrega (Ef 5,26-27) la purifica y la deja hermosamente adornada para el desposorio que tendrá lugar al final de los tiempos (Apoc 21,2).

Como hemos ido viendo, hay una continuidad entre el Pueblo de Dios y la Iglesia, pero al mismo tiempo hay una gran novedad. La Iglesia es el Israel de Dios, pero no ya carnal, sino espiritual (cfr. Ef 2, 21-22) es el pueblo adquirido por la Sangre de Cristo, y constituye “un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios” (1Pe 2,9). Cada miembro de la Iglesia ocupa un lugar único, y todos son indispensables (cfr. 1Cor 12,12-31).

La Iglesia es tal, porque ha sido fundada por el mismo Dios. Jesús ha fundado la iglesia en tres grandes momentos: su ministerio público, su sacrificio pascual y el envío del Espíritu Santo. Estos dos últimos, nos son ya conocidos. Por una parte, Pentecostés posibilita la manifestación pública de la Iglesia y su extensión por todo el mundo y por otra, la entrega de Cristo en la cruz, posibilita el nacimiento de la Iglesia, ya que de su costado brota sangre y agua (signo de los sacramentos de iniciación cristiana). Así como del costado de Adán salió Eva, del costado del nuevo Adán, surge la nueva Eva, la Iglesia. Nos falta por conocer aún el ministerio público de Jesús, y para ello vamos a meditar sobre Mt 16,13-20 donde Pedro, el primero entre los doce y el portavoz, hace una preciosa confesión de fe. En la sociedad en que vivieron los apóstoles hay gran variedad de opiniones respecto de Jesús, de igual modo en nuestro entorno abundan las opiniones, pero sólo Pedro es capaz de dar una respuesta plenamente verdadera, porque Dios se lo revela. La Iglesia es reveladora de la verdad y no de meras opiniones. Jesús cambia el nombre a Pedro, porque le confía una nueva misión: atar y desatar. Esta expresión significa que tiene la capacidad de interpretar la ley de Dios y al mismo tiempo el poder de excluir y volver a admitir en la comunidad. Por tanto, a Pedro se le concede la totalidad de los poderes disciplinarios y doctrinales. Pero además es llamado piedra, porque es principio estable y firme de unidad. Su misión no es otra que servir, apacentando el rebaño de Cristo (Jn 21,15-17) y fortaleciendo la fe de los demás (cfr. Lc 22,32).



Ambientación

En este mes, dedicado a la Redención, usaremos como base el mural del mes anterior, en el que habíamos pintado una cruz entre todos, con nuestras manos. Y, sobre este trabajo, colocaremos una imagen del Espíritu Santo, ya que por Él, nosotros formamos parte de la Iglesia. Por eso, también colocaremos en nuestro mural diferentes personajes, miembros todos de la Iglesia.

Necesitaremos:

- Un plato de cartón blanco o plástico
- Un rotulador
- Trozos de cartulina de colores
- Pinturas
- Alfileres

En el plato de cartón, dibujaremos el contorno de una paloma, en el centro, y dos líneas a los lados, que delimitarán las alas. En la cola de la paloma y en las alas, dibujaremos unas líneas, a modo de plumas. Después, recortaremos las tres piezas, y dibujaremos en la pieza

principal los ojos, pico y patas de la paloma. Con alfileres, colocaremos la paloma en el centro de la cruz, poniendo primero las dos alas, y, sobre éstas, el cuerpo de la paloma, que quedará un poco levantado, como en relieve.

Después, en los trozos de cartulina dibujaremos diferentes personajes, y los colorearemos con las pinturas. Los recortaremos y colocaremos a los pies de la Cruz, formando el Pueblo de Dios, que nace de Pentecostés.



Para el desarrollo de la reunión:

- Comenzad recibiendo o abriendo con veneración la Biblia, centro de vuestro rincón de oración.
- Invocad al Espíritu Santo, para que nos hable a través de su palabra:

*Ven, Espíritu Santo,
Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.*

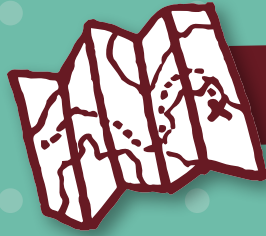
*Envía, Señor, tu Espíritu.
Que renueve la faz de la Tierra.*

Oremos:

Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo; haznos dóciles a tu Espíritu para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

- Encended una vela, signo de la presencia de Dios en medio de nosotros.
- Finalmente tratad de cuidar, en la medida de lo posible, el clima de silencio, no sólo exterior, sino también interior.
- Mientras, los más pequeños trabajarán en su álbum de postales.



Itinerario 1

Gn 11, 1-9

Toda la tierra hablaba una misma lengua con las mismas palabras. Al emigrar los hombres desde oriente, encontraron una llanura en la tierra de Sennar y se establecieron allí. Se dijeron unos a otros: «Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos al fuego». Y emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de argamasa. Después dijeron: «Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para hacernos un nombre, no sea que nos dispersemos por la superficie de la tierra». El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres. Y el Señor dijo: «Puesto que son un solo pueblo con una sola lengua y esto no es más que el comienzo de su actividad, ahora nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Bajemos, pues, y confundamos allí su lengua, de modo que ninguno entienda la lengua del prójimo». El Señor los dispersó de allí por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó el Señor por la superficie de la tierra.



Lectio

1. ¿Cuáles eran los planes del hombre? ¿Para qué querían construir la ciudad y la torre?
2. ¿Qué es lo que dice el Señor cuando baja a la tierra y ve la ciudad y la torre?
3. ¿Por qué se llamó Babel?

Meditatio

El texto nos narra la construcción de una ciudad y de una torre que llegue a los cielos, a Dios. En el fondo lo que hay es una búsqueda de querer ser como dioses, ser famosos.

Hay ocasiones en las que nuestros planes no coinciden con los planes que tiene el Señor para nosotros.

Es importante que cuidemos la toma de decisiones en nuestra familia, para que éstas sean conforme a la voluntad de Dios.

¿Cómo cuidamos esto?

¿Preguntamos al Señor qué es lo que le agrada?

Al final del texto vemos la intervención de Dios confundiendo sus lenguas y dispersándolos por toda la tierra. Esta intervención es para que el mal no siga avanzando, para frenarlo.

También Dios interviene en nuestra vida personal y familiar porque tiene un plan salvífico sobre nosotros.

Recordemos ocasiones en las que hemos experimentado esa intervención del Señor.

Para la construcción de la ciudad y de la torre emplean ladrillos y alquitrán en lugar de piedras y argamasa. Utilizan materiales menos nobles.

De la misma manera nosotros no podemos alcanzar nuestra meta, la santidad, contando únicamente con "materiales" humanos. Necesitamos "materiales" sobrenaturales, abrimos a la ayuda que nos ofrece el Señor para conseguirlo.

Vamos a meditar en familia sobre esto ¿qué materiales sobrenaturales empleamos? (Ej. No es lo mismo reflexionar que rezar, aguantarnos que perdonarnos...)



Oratio

Homilía de Benedicto XVI (27 mayo 2012)

Puestos en oración, uno de nosotros lee despacio esta homilía de Benedicto XVI:

Queridos hermanos y hermanas:

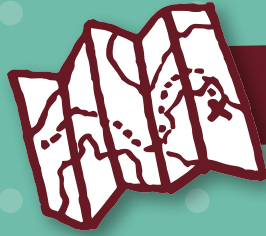
La narración de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles, que hemos escuchado en la primera lectura (cf. Hch 2, 1-11), contiene en el fondo uno de los grandes cuadros que encontramos al inicio del Antiguo Testamento: la antigua historia de la construcción de la torre de Babel (cf. Gn 11, 1-9). Pero, ¿qué es Babel? Es la descripción de un reino en el que los hombres alcanzaron tanto poder que pensaron que ya no necesitaban hacer referencia a un Dios lejano, y que eran tan fuertes que podían construir por sí mismos un camino que llevara al cielo para abrir sus puertas y ocupar el lugar de Dios. Pero precisamente en esta situación sucede algo extraño y singular. Mientras los hombres estaban trabajando juntos para construir la torre, improvisamente se dieron cuenta de que estaban construyendo unos contra otros. Mientras intentaban ser como Dios, corrían el peligro de ya no ser ni siquiera hombres,

porque habían perdido un elemento fundamental de las personas humanas: la capacidad de ponerse de acuerdo, de entenderse y de actuar juntos.

Este relato bíblico contiene una verdad perenne; lo podemos ver a lo largo de la historia, y también en nuestro mundo. Con el progreso de la ciencia y de la técnica hemos alcanzado el poder de dominar las fuerzas de la naturaleza, de manipular los elementos, de fabricar seres vivos, llegando casi al ser humano mismo. En esta situación, orar a Dios parece algo superado, inútil, porque nosotros mismos podemos construir y realizar todo lo que queremos. Pero no caemos en la cuenta de que estamos reviviendo la misma experiencia de Babel. Es verdad que hemos multiplicado las posibilidades de comunicar, de tener informaciones, de transmitir noticias, pero ¿podemos decir que ha crecido la capacidad de entendernos o quizá, paradójicamente, cada vez nos entendemos menos? ¿No parece insinuarse entre los hombres un sentido de desconfianza, de sospecha, de temor recíproco, hasta llegar a ser peligrosos los unos para los otros? Volvemos, por tanto, a la pregunta inicial: ¿puede haber verdaderamente unidad, concordia? Y ¿cómo?

Actio

A la luz de este texto vemos la importancia de buscar el agrado de Dios en nuestra familia. Para ello, ante alguna decisión que tengamos que tomar, nos proponemos buscar la voluntad de Dios por medio de un ratito de oración, la lectura de la Palabra de Dios, etc.



Itinerario 2

Hch 2, 1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».



Lectio

1. ¿En qué circunstancias se sitúa el texto?
2. ¿Qué pasó dentro del Cenáculo?
3. ¿Qué pasó cuando los discípulos salieron del Cenáculo?

Meditatio

El texto hace referencia a Pentecostés, cuando los apóstoles se llenaron del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas.

Vamos a leer este texto en paralelo con el de Gn 11 que vimos la semana pasada y vamos a establecer comparaciones entre ambos.

Los apóstoles llenos del Espíritu Santo empiezan a hablar en un lenguaje nuevo, el lenguaje del amor, y empiezan a mostrarse públicamente.

Cuando nos abrimos al Espíritu Santo, nos lleva a salir de nosotros mismos, a desinstalarnos. Nuestra familia, como Iglesia doméstica, también recibe el Espíritu Santo en un nuevo Pentecostés.

¿Somos dóciles a sus inspiraciones?

¿Nos dejamos llevar por Él cuando nos invite a ser testigos del Amor del Señor?

¿Cómo podemos llevar a cabo esta evangelización?



Oratio

Toda la familia reunida y en clima de oración escuchamos la canción "Avívanos, Señor" del grupo Gethsemaní:



Te pedimos Señor (Te pedimos Señor)
manda Tu poder (manda tu poder)
De Tus alas de amor (De Tus alas de amor)
Llueva bendición (Llueva bendición)

Vierte del cielo un ardiente deseo
de Tu presencia y perdón

Avívanos Señor

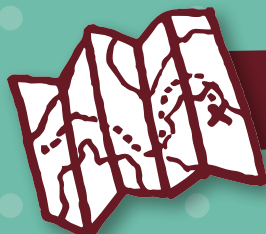
Avívanos Señor
Que Tu Espíritu Santo aliente
y avive todo corazón

Avívanos Señor
Avívanos Señor
Que arda el deseo de hablar de Cristo
y avive todo corazón.
Nuestra voz en clamor
Nuestra voz en clamor
pide : "Ven Señor"
pide : "Ven Señor"
Y en este lugar sea tu voluntad

Vierte del cielo.....

Actio

Nos proponemos en familia tener un pequeño acto de Evangelización: hablar de Dios a algún compañero del trabajo, del colegio, a algún vecino...



Itinerario 3

Josué 3,14 - 4,8. 20-24

Cuando la gente levantó el campamento para pasar el Jordán, los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza caminaron delante de la gente. En cuanto los portadores del Arca de la Alianza llegaron al Jordán y los sacerdotes que la portaban mojaron los pies en hasta los bordes todo el tiempo de la siega), el agua que venía de arriba se detuvo y formó como un embalse que llegaba muy lejos, hasta Adán, un pueblo cerca de Sartán, y el agua que bajaba hacia el mar de la Arabá, el mar de la Sal, quedó cortada del todo. La gente pasó el río frente a Jericó. Los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza del Señor estaban quietos en el cauce seco, firmes en medio del Jordán, mientras todo Israel iba pasando por el cauce seco, hasta que acabaron de pasar todos. Cuando todo el pueblo acabó de pasar el Jordán, el Señor dijo a Josué: «Elegid doce hombres del pueblo, uno de cada tribu, y dadles esta orden: “Sacad de aquí, del lecho del Jordán, donde se han posado los pies de los sacerdotes, doce piedras; pasadlas con vosotros y depositadlas en el lugar donde vais a pasar la noche”». Llamó Josué a los doce hombres de los hijos de Israel que había elegido, uno de cada tribu, y les dijo: «Pasad ante el Arca del Señor, vuestro Dios, hasta el medio del Jordán y cargad al hombro cada uno una piedra, una por cada tribu de los hijos de Israel, para que queden como monumento entre vosotros. Cuando el día de mañana os pregunten vuestros hijos: “¿Qué son esas piedras?”, les responderéis: “Es que el agua del Jordán quedó cortada ante el Arca de la Alianza del Señor: cuando el Arca atravesaba el Jordán, el agua del Jordán se cortó”. Estas piedras se lo recordarán a los hijos de Israel para siempre». Los hijos de Israel lo hicieron así, según las órdenes de Josué: sacaron doce piedras del lecho del Jordán, una por cada tribu de los hijos de Israel, como había mandado el Señor a Josué; las llevaron hasta el lugar donde iban a pasar la noche y las depositaron allí. Josué erigió en Guilgal las doce piedras sacadas del Jordán. Y dijo a los hijos de Israel: «Cuando el día de mañana vuestros hijos pregunten a sus padres: “¿Qué son esas piedras?”, se lo explicaréis así a vuestros hijos: “Israel pasó ese Jordán a pie enjuto. Es que el Señor vuestro Dios secó ante vosotros las aguas del Jordán hasta que pasasteis, lo mismo que había hecho el Señor, vuestro Dios, con el mar Rojo, que lo secó ante nosotros hasta que lo pasamos. Para que todas las naciones del mundo reconozcan cuán poderosa es la mano de Señor y teman siempre al Señor, vuestro Dios”».



Lectio

1. **Describamos las circunstancias en las que se sitúa el texto. (Capítulo 3, versículos 14-17)**
2. **¿Qué le dijo el Señor a Josué una vez que todo el pueblo terminó de pasar el Jordán?**
3. **¿Qué dijo Josué a los doce hombres elegidos?**
4. **¿Cómo acaba el relato? ¿Obedece el pueblo los mandatos del Señor?**

Meditatio

Acabamos de leer el paso por el Jordán hacia la tierra prometida, el paso de la esclavitud a la libertad. La promesa hecha por el Señor se cumple, Él siempre es fiel.

El pueblo de Israel dejó 12 piedras como memorial de este hecho, sirviendo de garante para la transmisión de la fe de generación en generación.

También en nuestra familia el Señor ha establecido promesas. En nuestra historia también hay “piedras” que son acontecimientos que nos recuerdan el paso salvador del Señor por ella. Por ejemplo el bautismo de nuestros hijos, nuestro matrimonio...

Vamos a ponerlo en común.

- El texto nos cuenta que aunque estaban divididos en 12 tribus, formaban un único pueblo, el pueblo de Dios. Y Dios estaba en medio de ellos.

El Señor ha soñado desde toda la eternidad con nuestra familia, Él desea mantener la unidad en ella. Esta unidad es don suyo.

Necesitamos poner al Señor en el centro de nuestra familia, iglesia doméstica, para que en medio de las dificultades que a veces podemos encontrar, nos siga manteniendo unidos.

Vamos a poner en común cuáles son estas dificultades, intentando solucionarlas entre todos.



Oratio

Cuando Israel salió de Egipto,
los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente,
Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.

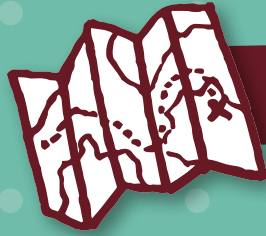
El mar, al verlos, huyó;
el Jordán se echó atrás;
los montes saltaron como carneros;
las colinas, como corderos.

¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?
¿Y a vosotros, montes, que saltáis como car-
neros;
colinas, que saltáis como corderos?

En presencia del Señor, estremécete, tierra,
en presencia del Dios de Jacob;
que transforma las peñas en estanques,
el pedernal en manantiales de agua.

Actio

Como actio, vamos a poner algunas fotos en el rincón de oración de los acontecimientos de nuestra familia que nos recuerdan la presencia del Señor: boda, bautizos, comunión....



Itinerario 4

Mt 16, 13-20

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.



Lectio

1. En la primera pregunta que hace Jesús hay multitud de respuestas, ¿cuáles son?
2. A la segunda pregunta de Jesús sólo contesta una persona, ¿quién es esa persona que contesta y cuál es esa respuesta?
3. La respuesta de Jesús a Pedro tiene tres partes:
 - a) Una bienaventuranza dirigida a Pedro. ¿Por qué es bienaventurado Pedro?
 - b) Un cambio de nombre. ¿Por qué cambia Jesús el nombre a Pedro y qué misión asocia a este cambio de nombre?
 - c) Una promesa. ¿Cuál es esa promesa y qué poder lleva consigo esa promesa?

Meditatio

En Mt 16, 18-19 leemos: "Ahora yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos".

El Señor cambia el nombre a Simón por Pedro y le concede la totalidad de poderes disciplinares y doctrinales, atar y desatar, hacer y enseñar.

Esta es la autoridad que tiene el Papa y que le viene de lo alto. Pero es una autoridad que se vive poniéndose al servicio de los demás, entregándose y velando por la Iglesia.

De la misma manera los padres tenemos una autoridad que nos viene dada, sobre nuestros hijos y debemos vivirla en un servicio continuo a la familia.

Vamos a comentar juntos algunas situaciones en que los padres ejercen la autoridad buscando el bien de todos.

En el versículo 17 leemos: "Jesús le respondió: ¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos."

A la luz de este versículo vemos como la Iglesia revela la verdad, porque es Dios quien se lo ha revelado.

La Iglesia es la única que puede dar respuesta a nuestras preguntas mas profundas, aparece como luz del mundo.

¿Qué importancia damos a las opiniones sobre cualquier tema que el mundo da y qué importancia damos a lo que la Iglesia dice sobre esos mismos temas?



Oratio

Durante unos minutos de silencio contemplativo, podemos orar todos juntos con estas palabras del Papa Francisco de la Exhortación Apostólica "La alegría del amor":

Número 16:

"16. La Biblia considera también a la familia como la sede de la catequesis de los hijos. Eso brilla en la descripción de la celebración pascual (cf. Ex 12,26-27; Dt 6,20-25), y luego fue explicitado en la hagadah judía, o sea, en la narración dialógica que acompaña el rito de la cena pascual. Más aún, un Salmo exalta el anuncio familiar de la fe: «Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la futura

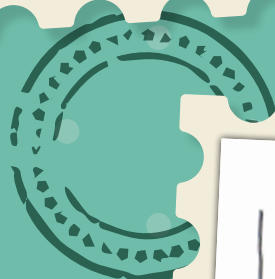
generación: las alabanzas del Señor, su poder, las maravillas que realizó. Porque él estableció una norma para Jacob, dio una ley a Israel: él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos, para que lo supiera la generación siguiente, y los hijos que nacieran después. Que surjan y lo cuenten a sus hijos» (Sal 78,3-6). Por lo tanto, la familia es el lugar donde los padres se convierten en los primeros maestros de la fe para sus hijos. Es una tarea artesanal, de persona a persona: «Cuando el día de mañana tu hijo te pregunte [...] le responderás...» (Ex 13,14). Así, las distintas generaciones entonarán su canto al Señor, «los jóvenes y también las doncellas, los viejos junto con los niños» (Sal 148,12)".

Actio

Nos proponemos en esta semana, una oración o sacrificio por el Papa, por su salud física, espiritual y por sus intenciones.



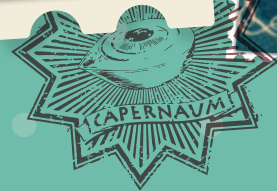
Itinerario 1



Itinerario 2



Itinerario 3



Itinerario 4





DELEGACIÓN DE
FAMILIA Y VIDA
Archidiócesis de Toledo



ARZOBISPADO DE **TOLEDO**